

Nacional, tiene grandes probabilidades de ser una estatua de esta diosa, y hasta es posible que sea la misma que menciona Díaz del Castillo como la de la diosa de las semillas y de las frutas. Si bien para los profanos esta columna es sólo una horrible combinación de cráneos humanos, entretejidos cuerpos de serpientes, manos cortadas, cabezas de dragón con dientes de fieras, y patas de pájaros con espantosas garras de buitre, el célebre sabio mexicano Chavero afirma que en esta figura se hallan reunidos todos los diferentes atributos que simbolizan la diosa de la Tierra.

Esta divinidad tenía diversos nombres, tales como *Cihuacoatl*, la *Mujer Serpiente*, y la representaban como un ser femenino con cabeza de este reptil. Esta cabeza ocupa toda la parte superior de la estatua, y muestra los ojos, los salientes colmillos y la partida lengua del reptil. Dos pechos de mujer que se ven más abajo significan que Cihuacoatl fué la madre de la primera pareja humana, de la cual descienden todos los demás hombres de la Tierra.

Su segundo nombre era *Chimalma*, la *dadivosa y fértil Tierra*. Las abiertas manos, que casi cubren los pechos, así como los ornamentos en forma de mazorca de maíz, hay que considerarlos como símbolos de la fuerza productora de la diosa. Su tercer nombre era *Mictlancihuatl*, la *Soberana del reino de los muertos*. Era la cariñosa madre que recibía las almas de los difuntos para que durmiesen el sueño de la paz sobre su seno. La simbólica significación de ésta la demuestran los cráneos que se hallan en la parte anterior y posterior de la estatua. El cuarto nombre era *Coatlícue*, la *Diosa vestida de serpiente*, nombre que está demostrado por los entretejidos cuerpos de este reptil que la cubren.

Además de estas divinidades había otras muchas, entre ellas *Tonatiuh*, el Sol, que era venerado principalmente por los nobles; *Xiuhtecutli*, el Fuego, que encendía la llama del hogar y que era adorado por los comerciantes; *Mictlantecutli*, el dios de la Muerte, y muchos más.

Tampoco era pequeño el número de los dioses lares y familiares, y asimismo eran sagrados algunos animales, principalmente la culebra.

No obstante que muchas de las ceremonias de los pueblos de México eran alegres y animadas, limitándose tan sólo á danzas, cantos, ofrendas de flores y sacrificios de animales, los belicosos aztecas habían introducido con el tiempo sacrificios humanos en sustitución de éstos, que cada vez eran más frecuentes, tanto que no concebían ya fiesta religiosa en que no tuvieran lugar estas sangrientas é inhumanas hecatombes.

Algunos cronistas españoles afirman que tomó tan aterrador incremento esta bárbara costumbre, que, según la crónica de Gomara, ascendía anualmente la cifra de los hombres degollados de 20 á 25,000. Torquemada dice en su obra titulada *Monarchi indica* (VII, 21), que tan sólo niños

eran sacrificados anualmente 20,000; que en las fiestas efectuadas para celebrar la consagración del gran Teocalli de Tenochtitlán el año de 1486 habían formado los prisioneros que fueron destinados al sacrificio una procesión de dos leguas de largo, y que el degüello de las víctimas, que eran en número de 70,000, había ocupado varios días!!!

Estos datos, como se comprenderá, son locamente exagerados y casi todos ellos inventados por los cronistas españoles de aquellos tiempos á fin de causar sensación en sus lectores (1).

Los sacrificios se practicaban del modo siguiente. Mientras la víctima ascendía en ceremoniosa procesión las escaleras del Teocalli, abrían los sacerdotes, reunidos en la plataforma, el santuario del dios, á fin de que la figura de éste fuera vista por todo el pueblo. Una vez arriba, era entregada la víctima al sacerdote superior que representaba al dios á que iba á ser inmolada, y que vestía un manto de color rojo, y conducida ante el ara ó piedra de los sacrificios por cuatro ó cinco pontífices vestidos con mantos blancos ó negros.

Las piedras sobre que eran inmoladas las víctimas estaban siempre colocadas completamente al borde de la plataforma. Parecen haber sido de diversas formas, y por regla general tenían 1,50 metro de largo por uno de ancho; pero había otras más altas y estrechas, como puede verse por el grabado de la página 125.



Huitzilopochtli

(Dibujado por R. Cronau, de una figura que se conserva en el Museo Nacional de México)

(1) No es difícil demostrar que los cronistas españoles han cometido las mayores exageraciones al tratar de este y otros asuntos. Por ejemplo, el año de 1531 escribió Zumárraga, obispo de México, á Tolosa, que había bautizado á 250.000 neófitos, y en cambio en otras copias é impresos que vieron la luz más tarde aparece esta cifra cuadruplicada.

Tampoco los conquistadores desperdiciaban ocasión de exagerar el valor de sus hazañas y el brillo de sus botines. En su informe al emperador Carlos V dice Cortés que el ejército tlascalteca que le acometió en la noche del 5 de septiembre de 1519 se com-



También aquel enorme disco de traquita que se conserva en el Museo Nacional de la ciudad de México, conocido con el nombre de la piedra de Tizoc, que tiene 84 centímetros de altura y 8,25 metros de circunferencia, y que está completamente cubierto de esculturas, parece haber servido de piedra de inmolación. Esta piedra, que fué hallada el 11 de diciembre de 1791 en la gran plaza y cerca de la catedral, está, como ya hemos dicho, completamente recubierta de esculturas, formando quince grupos de dos figuras cada uno; de estas figuras una está repetida constantemente y es la de un guerrero victorioso que tiene á su contrario asido por los cabellos. Representa al rey azteca Tizoc, que reinó desde 1481 á 1486, y que tras grandes batallas, todas victoriosas, sometió á gran número de pueblos convecinos, cuyas diferentes divisas ostentan las quince figuras restantes. La superficie de la piedra representa la imagen del Sol, en cuyo centro se halla una hendidura circular de la que parte una especie de surco ó estría que va á parar al borde. El grabadito de la página 127 representa un sacrificio verificado sobre la citada piedra.

Casi todas estas piedras eran de jaspe, ligeramente abombadas, de modo que el pecho de una persona echada de espaldas sobre ella tenía que levantarse, lo cual facilitaba muchísimo el horripilante trabajo del gran sacerdote.

Después que los pontífices, ayudantes del gran sacerdote, conducían á la víctima á la piedra, extendíanla sobre ella boca arriba, sujetándola los sacerdotes brazos y piernas, mientras que otro la oprimía con un yugo de piedra en forma de herradura (1), que rodeaba al cuello del infeliz imposibilitándole por completo de hacer movimiento alguno. Entonces cogía el sacerdote superior el afilado cuchillo de obsidiana, abría el pecho de la víctima de arriba á abajo, arrancábala el corazón para presentárselo de frente al Sol y ponerlo, después de frío, á los pies del ídolo, ó metérselo en la boca, que tenía abierta.

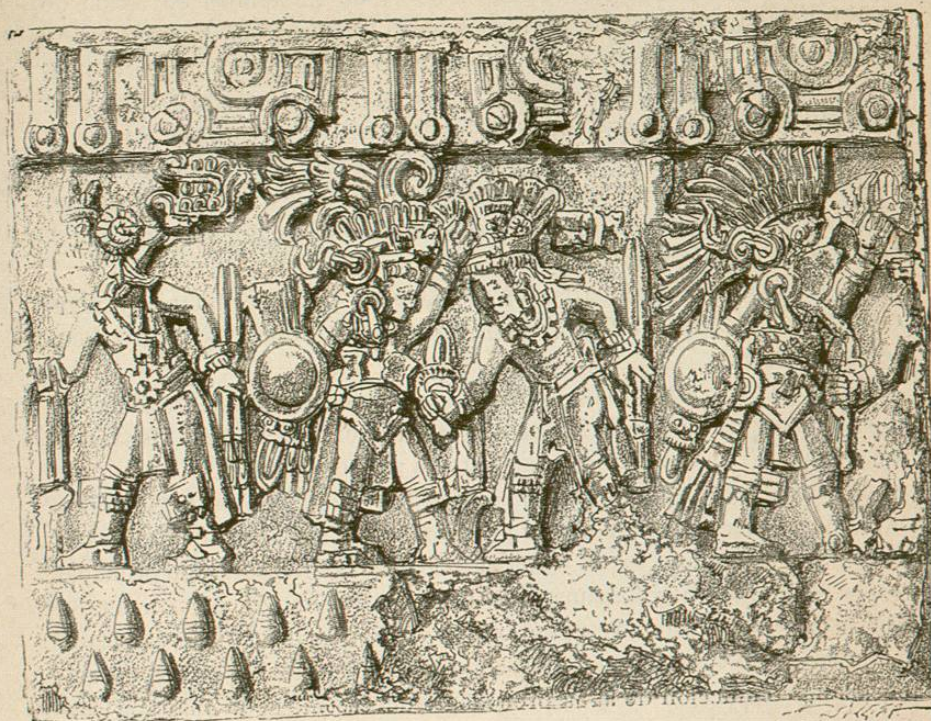
ponía de 149,000 combatientes, siendo así que Díaz del Castillo sólo habla de 40,000, cifra que debe ser considerada aún excesivamente alta.

Del mismo modo nos parece que debe de rebajarse á una tercera parte la afirmación que hace Cortés en una de sus cartas, en la que asegura que en el gran mercado de Tenochtitlán se reunían diariamente 60,000 personas.

Cuán grandes eran las exageraciones de algunos cronistas, se deduce de una crítica de Díaz del Castillo, quien, hablando de Gomara, el capellán de Cortés, se expresa así: «Cuando Gomara dice ochenta mil, debemos de escribir tan sólo mil.»

(1) Estos yugos de piedra estaban algunas veces ricamente adornados de esculturas, terminando frecuentemente en una cabeza de serpiente. También había algunos que terminaban en dos planchas que se ajustaban á la forma de la piedra del sacrificio.

Después de esta ceremonia, que no siempre tenía lugar del mismo modo, era arrojado el cadáver de la víctima por la escalera abajo para ser repartido y comido entre el pueblo. Parte de la carne se aprovechaba para comida de las serpientes sagradas y de las ranas. Si se celebraba la fiesta



Bajo relieve de la piedra de Tizoc

de *Xipe* (el martirizado), llamado también *Tlatlauqui tezkal* (espejo rojo), que representaba el símbolo del combate y triunfo sobre el enemigo, los cadáveres de las víctimas destinadas al sacrificio, para el cual escogían exclusivamente enemigos prisioneros, eran desollados, y varios hombres vestidos con la piel ensangrentada de aquéllas simulaban escenas de combate.

Luego que Cortés y sus compañeros hubieron permanecido bastante rato en la azotea del templo, descendieron al gran patio, donde vieron infinidad de edificios de más ó menos elevación, consagrados los unos á otras divinidades y sirviendo los otros de panteón á los grandes y nobles del reino.

Entre los templos llamó de un modo particular la atención de los visitantes el consagrado á Quetzalcoatl, que era redondo y tenía sobre la



puerta las abiertas fauces de una fiera con salientes colmillos. No menos espantoso era el aspecto del sitio donde se guardaban los cráneos de los hombres sacrificados. En parte se hallaban hacinados en filas y en parte clavados á estacas separadas unas de otras por una distancia de 1,50 metros, las cuales estacas tenían gran número de travesaños en forma de molinillo, en cada uno de los cuales había una calavera. El cronista Gomara, capellán de Cortés, asegura que algunos españoles se habían tomado el trabajo de contar los cráneos, y que sólo en las citadas estacas y en los edificios de las terrazas habían contado 136.000, pero que en el interior había una especie de casa destinada al mismo objeto, y era tan grande el número de calaveras en ella amontonadas que no les fué posible contarlas. Ya hemos mencionado en otro sitio lo aficionado que era este cronista á exagerar las cifras.

Horrorizados abandonaron los españoles el patio del templo y marcharon á su alojamiento, que, como ya queda dicho, estaba situado enfrente del Teocalli.

Si la visita á éste sólo les había ofrecido escenas repugnantes, en cambio el magnífico palacio de Motezuma, que tuvieron ocasión de visitar con frecuencia, ofrecía magnificencia é interés por todas partes.

Estaba situado en el lugar que ocupa hoy el palacio de Estado de la república de México, ocupaba un área inmensa y tenía veinte puertas que daban á la gran plaza y á las calles principales. Sobre la entrada principal veíase el escudo de Motezuma, que estaba representado por un águila arrojándose sobre una joven pantera. En el interior del edificio, adornado con ricas esculturas, había grandes patios, en uno de los cuales desembocaba la conducción de agua procedente del castillo de la montaña Chapultepek, y que alimentaba numerosos surtidores. El palacio tenía muchas salas, y cien aposentos de ocho metros en cuadro cada uno, en el centro de cada uno de los cuales había una pila llena de agua. Todo el edificio era de piedra, y las paredes de losas de mármol, jaspe y pórfido tan bien pulimentadas que podían servir de espejos. Las maderas empleadas eran el cedro y la palmera con hermosas incrustaciones de ciprés y pino. Un salón de 50 metros de largo por 16 de ancho tenía las paredes adornadas con gruesas planchas de oro y plata cuajadas de piedras preciosas. Servía de oratorio al soberano.

Con interés observaron los españoles la numerosa servidumbre del monarca y las grandes ceremonias que realizaban.

Diariamente, al salir el sol, dirigíanse seiscientas personas principales al palacio del soberano, donde se sentaban ó paseaban por las galerías y salas, conversando para distraer el tiempo. Sus servidumbres llenaban dos ó tres grandes patios, y además la calle, que era bastante ancha. Se

quedaban allí todo el día hasta la puesta del sol. Los mayordomos (1) tenían orden de estar siempre presentes ante su dueño. Antes de entrar en la habitación de éste era preciso que cambiasen su rico traje por otro sencillo; sólo podían presentarse con los pies descalzos y los ojos bajos ante Motezuma, y después de hacer tres reverencias decían: «¡Magnánimo señor! ¡Magnánimo señor! ¡Excelso magnánimo señor! Lo que tenían que manifestarle lo hacían en pocas palabras y sin levantar la vista, retirándose después andando de espaldas y siempre con la cara vuelta á Motezuma, volviéndose tan sólo después de haber salido de la sala. También los príncipes y grandes que iban á negocios á México tenían que presentarse en el palacio descalzos y con modestos vestidos, y no podían penetrar en él hasta después de haber aguardado un rato ante las puertas en señal de respeto, sin que ninguno dejara de cumplir esta formalidad.

Cuando salía Motezuma, cosa que sucedía muy raras veces, todos los que hallaba á su paso se echaban en tierra sin mirarle hasta que había pasado. Tres heraldos con largos y delgados bastones de oro iban delante de él para prevenir á todo el mundo que se acercaba la sagrada persona del monarca. Diariamente vestíase Motezuma cuatro veces de distinta manera, estrenando cada vez trajes que no volvía á ponerse. Cuando comía el soberano



Coatlicue

Antigua escultura mexicana existente en el Museo Nacional de México. (De una fotografía)

(1) La historia ha conservado los nombres de algunos de estos mayordomos, que transcribimos para solaz de los lectores y para demostrar la especialidad de su idioma.



de los aztecas, le llevaban los innumerables manjares trescientos ó cuatrocientos mancebos; en cada comida presentábanle toda clase de platos, carne, pescados, frutas y legumbres, en una palabra, de todo cuanto producía el país. A fin de impedir que se enfriasen los manjares, eran puestos sobre cacerolas que estaban llenas de carbones encendidos. Todos los platos los ponían juntos en un gran comedor de escrupulosa limpieza y cuyo suelo estaba cubierto de preciosas esteras. Era tan grande la cantidad de viandas, que se llenaba con ellas la sala. Motezuma se sentaba en un pequeño taburete de cuero muy bien trabajado, y sus servidores ponían ante él una mesita cubierta de blancos manteles. Si hacía algo de frío encendían fuego con maderas olorosas, y para preservar al monarca del resplandor de las llamas ponían entre él y éstas un pequeño biombo de oro adornado de fantásticas figuras.

Antes de empezar la comida entraban cuatro hermosas mujeres, riquísimamente vestidas, que llevaban á su señor, en jarros redondos, el *Xicales*, ó sea el agua para lavarse las manos, y le presentaban también toallas para que se las secara. Después dichas mujeres colocaban ante el monarca otro biombo repujado de oro para que nadie le viera comer. El servicio de mesa estaba á cargo de algunos ancianos de rango, uno de los cuales tenía que estar siempre dispuesto á cambiar los platos. Algunas veces, como gracia especial, les daba Motezuma algún manjar de su mesa, que el favorecido tenía que comer de pie y con la mayor modestia y recogimiento. Mientras duraba la comida no podían hacer el menor ruido en las salas contiguas. Durante la misma bebía de un vaso de oro el cacao, bebida favorita de la nación, á la que daban el nombre de *Chocolatl*; luego seguían, como postres, frutas de todas clases. De todo tomaba muy poco el soberano. Después de haberle presentado otra vez agua para lavarse las manos, retiraban las fuentes, platos y manteles, que no volvían á servir jamás, y le presentaban tres hermosos tubitos de oro con tabaco perfumado, de los cuales fumaba un poco antes de echarse á dormir la siesta.

Algunas veces distraíase Motezuma viendo los juegos de manos de algunos prestidigitadores, ó escuchando las chanzonetas de los bufones, ó bien admirando la habilidad de los cantores ó danzantes, que recibían como pago los restos de la comida.

Motezuma tenía muchísimas mujeres, todas ellas hijas de las principales familias. Todas tenían aposento propio, sin que les faltara ninguna de las comodidades de una vida regalada.

Eran los señores Atlixcatzinlacatecatl, Tepnoatzintlacochealcatl, Quetzalatzintico-ciacoacatl y Totomochtziyahucatempatiltzin. (Sahagún, *Historia de la Conquista de México*, I, p. 25.)

Unido al palacio había un gran espacio con muchos edificios llenos de jaulas, en las cuales había toda clase de aves, hermosos faisanes y pavos, rojos cardenales, pintadas palomas y diminutos colibríes. También había una clase de gorriones que tenían plumas de cinco colores, verde, amarillo, encarnado, blanco y azul, y además innumerables especies de papagayos y aquellos hermosos pájaros, semitordos y semimaricas, cuyas pre-



Escena de sacrificio (De una antigua pintura mexicana)

ciosas plumas, de un verde dorado, eran aprovechados para los mantos, adornos de cabeza y divisas de los aztecas.

El edificio tenía también diez grandes estanques en los que se veían todas las variedades de aves acuáticas de México: magníficas garzas, rojos flamencos de cuello de serpiente, gansos y patos de hermosísimos colores, pelícanos, cormoranes, y otras muchísimas.

Las aves marinas nadaban en grandes pilas de agua salada; para los pájaros de río había estanques de agua dulce, que eran desocupados en períodos fijos para renovarles el agua. A cada especie de pájaros se les daba el alimento que les era propio; por ejemplo, á los que se alimentan con peces se les daban éstos, y, según datos de Cortés, en cantidad de 125 kilogramos diarios. Del mismo modo eran cuidados los que comían gusanos y los que granos y semillas. Para cuidarlos había empleados trescientos hombres; otras personas estaban destinadas únicamente á cuidar á los pájaros enfermos. Sobre cada uno de los grandes estanques ó piscinas había hermosas galerías, desde las que se podía contemplar con toda comodidad la vida animada de las aves.